



CANTO QUINTO

Ya invierno con sus nieves los montes ha cubierto,
ya arroja sobre el llano sus hielos con furor;
el que era fértil prado, es ya páramo yerto,
escarcha es el rocío, el valle está desierto,
sin pájaros ni flores, perfumes ni color.

El lobo carnicero aulla enfurecido,
bajando de la sierra famélico y febril;
lejana la corneja da al viento su graznido,
sus alas bate el cuervo y lúgubre silbido
de la rastrojera presencia del reptil.

Si el sol vence á las nieblas rasgando sus crespones,
despéñanse furiosos, en vértigo infernal,
aludes y avalanchas de mónstruas proporciones;
ablándanse los témpanos, cascajos y terrones,
y el campo es cenagoso, inmundo lodazal.

Si encima de la nieve los rayos se reflejan
de luna entrevelada por triste palidez,
espectros y fantasmas los árboles semejan,
enjutos esqueletos que sus mortajas dejan,
haciendo alarde impío de torpe desnudez.

En tarde oscura y fría, de rústica cabaña
anciano venerable está junto al hogar;
más blanca que la nieve cuajada en la montaña
ostenta su cabeza en que, con ruda saña,
trazaron hondos surcos los años y el pesar.

Su lánguida mirada desmiente al rostro enjuto,
suspiro entrecortado del pecho es delator,

si lágrimas no brotan, el alma viste luto,
que todo cuanto amaba pagó el común tributo,
llevándose la dicha, dejándole el dolor.

Perdido, solitario, camina silencioso
en un continuo invierno... ¡pues tal es la vejez!
y espera que á su oído el ángel del reposo
murmure con benévolo acento cariñoso,
que de partir es hora, que al fin llegó su vez.

Se hiela... mas aún siente del alma los latidos,
que así como la llama le presta su calor,
del cuerpo reanimando los miembros ateridos,
al fuego de recuerdos pasados, nó perdidos,
su corazón revive, reanimase el amor.

¡Recuerdos!... ¡siempre vivas de fúnebre coronal
¡brillantes engarzados en carcomida sién!
el viejo los coordina, sus himnos les entona,
los acaricia amante y á ellos se abandona
que, báculo postrero, le sirven de sostén.

¡Recuerdos!... ¡igneos rayos, á cuyos resplandores
se abarca cuanto ha sido y nunca volverá;
conjunto de placeres, reflejo de dolores,
compendio venturoso de todos los amores,
resumen de una vida que agonizando está.

¡Bien hayan los recuerdos! ¡tesoro de elocuencia
que del ingrato olvido quebranta la mudez!
¡en paz descansa el justo que, al fin de su existencia,
sin uno que torture, que amargue su conciencia,
espera en su sepulcro la voz del Sumo Juez!

DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS)

Cristóbal Colón ó Columbus, el afortunado descubridor del Nuevo Mundo, vió la primera luz en Génova, el año 1436; pero su verdadera cuna y patria fué España, la nación generosa que le amparó en su proyecto, que tuvo fe en su empresa y que le prestó los medios para realizarla.

Dedicado desde niño al estudio de las matemáticas y de la cosmografía, después de haber recorrido todo el mundo conocido entonces, establecióse en Lisboa en compañía de su hermano Bartolomé, casándose en esa ciudad con la hija de un hábil y experto marino que había logrado llevar á cabo muchas y muy importantes exploraciones.

Estudió con la atención del navegante y el afán del descubridor, los mapas y cartas geográficas de su suegro; siguió una extensa y crudsima correspondencia con el ilustre florentino Pablo Toscanelli, uno de los hombres más sabios de su tiempo, buscando siempre el camino que por Occidente le llevase á las Indias Orientales, sin doblar el Cabo de Buena Esperanza, sin poder encontrar en la incompleta cosmografía del siglo xv la luz que debía guiarle, luz que Colón llevaba en su hermoso cerebro.

En busca del camino que le llevase hasta las tierras vírgenes que veía en

su mente, llenas de montañas con riquísimos metales, de caudalosos ríos que arrastraban arenas de oro, de valles fertilísimos, hizo diversos viajes, procurando mover, no el corazón, pero sí la codicia de las repúblicas de Génova y Venecia y del reino de Portugal.

—No hay tierra más allá del mundo conocido,—repetían los gobiernos haciéndose eco del parecer de los sabios que, unánimes, calificaban de locura los planes del marino.

Una voz secreta hizo á Colón venir á España, y una hada misteriosa condújole al Monasterio de Santa María de la Rábida, mendigando un pedazo de pan y un vaso de agua no para él, para su inocente hijo (1486). El guardián del convento, Fray Juan Pérez de Marchena, dolido de su miserable estado, se apresuró á socorrerle, y quiso conocer su rara historia, que escuchó con lágrimas en los ojos. Admirado de los proyectos de Colón, y deseoso de que España fuese la nación que realizase el prodigio de descubrir un Nuevo Mundo, dió una carta de recomendación para el confesor de Doña Isabel la Católica. La gran Reina le escuchó atentamente, y mandó juntar en Salamanca una asamblea de astrónomos y cosmógrafos, la cual dió por *vanos é imposibles* los planes de aquel pobre hombre que tenía al parecer, más de aventu-



PRIMER DESEMBARQUE DE CRISTÓBAL COLÓN EN AMÉRICA

Cuadro de D. PUEBLA.

Fot. de J. Laurent y C.ª (Madrid).

rero y de mendigo, que de marinero y de sabio. Pero aquellos ilustres *sabios* se equivocaron, y su oposición no hizo más que paralizar tan grande empresa, como la negra sombra no hace más que oscurecer por unos instantes los rayos del sol.

Siete años de penalidades sin cuento, de humillaciones sin número, de miserias inenarrables, trajeron de nuevo á Colón al Monasterio de la Rábida, en busca de su hijo, dispuesto á salir de España. Opúsose el P. Marchena, y con esa fe que horada las montañas y salva los torrentes, partió para la Corte, habló con Doña Isabel, trasmitiéndole su fe, y la magnánima Reina mandó llamar á Colón, y no encontrándose con recursos para llevar á cabo la soñada empresa, decidió realizarla, *empeñando para ello sus joyas*.

Una vez contando con la cantidad necesaria, Cristóbal Colón, ayudado eficazmente por los hermanos Martín y Vicente Pinzón que, entusiasmados con la idea, pusieron á su disposición sus bienes, su crédito como navegante y hasta sus vidas, logrando el enganche de los marineros necesarios,—dispuso las tres famosas carabelas, la *Pinta* y la *Niña* que mandaban Martín y Vicente y la *Santa María* que hacía de capitana,—saliendo del puerto de Palos de Moguer el inolvidable 3 de Agosto de 1492.

Nuevas luchas debía sostener Colón antes de llevar á cabo su empresa. Los marineros enganchados para la expedición, dudaron y temieron al ver los muchos días que llevaban de viaje sin descubrir la tierra prometida, sublevándose por último, y exigiendo del almirante la vuelta á Castilla. Colón tuvo que apelar al halago, á la amenaza, á la súplica, para reducirlos á la obediencia. Al fin, y después de *sesenta y cinco días* de navegación, vióse la ansiada, la prometida tierra, produciendo en Colón y en los expedicionarios el júbilo que es de suponer.

El desembarco del almirante y sus compañeros, aquel acto á la vez tan

grande y sencillo, acto de inmensa trascendencia, que debía cambiar la marcha de la humanidad, es el asunto del cuadro de don Dioscoso Puebla que hoy figura en el Museo Nacional y con el que honramos *Album Salón*.

Conocidas son las vejaciones, calumnias y hasta prisiones de que Colón fué víctima después de realizar su colosal empresa. ¡Ah, es que empresas de tal magnitud, no se llevan á cabo sin muchos dolores, dolores que parecen ser como el sello de su grandeza!

Muerta su noble protectora la reina Doña Isabel, las recompensas que luego obtuvo, verdaderos actos de justicia, no pudieron impedir que el insigne marino falleciera en Valladolid el día 20 de Mayo del año 1506 en la más espantosa miseria y en el más cruel abandono.

El hombre que realizó la obra quizá más grande que registra la historia de la humanidad, aquel que lucía por mote en su escudo el glorioso lema,

«Por Castilla y por León
Nuevo Mundo halló Colón.»

escribía desde Cádiz:

—Las calumnias de hombres infames me han hecho más daño que me han aprovechado todos mis servicios. Si quiero comer ó dormir, tengo que llamar á la puerta de una hostería y muchas veces no puedo pagar ni mi comida ni mi sueño.

Sus restos mortales han vagado de Valladolid á Sevilla, de Sevilla á la Isla Española, de la Isla Española á la Habana.

¡Qué importa que sus restos mortales se encierren en un pequeño sepulcro si no hay lugar bastante grande en la tierra para el genio de aquel hombre inmortal que dió al mundo la cuarta parte de la tierra conocida!

CARLOS VÁZQUEZ



UNA DE ROMPE Y RASGA

DOMINGO FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ



PALACIO CONTARINI — VENECIA (ESTUDIO).

Salón París.